

Reanimose todo su valor en presencia de la muerte. A fin de que la viera todo el mundo, se levantó en el mercado de Ruan una elevadísima hoguera (31 mayo de 1431), cubriéndola con greda para prolongar su suplicio; última venganza de los ingleses. ¡Ah! Los ingleses debían obstinarse en cas-

»La multitud era inmensa. Se habían levantado tres palcos para los jueces, los prebendados y las personas de distinción, y cerca de la hoguera el de la doncella. Ingleses y franceses de elevada categoría estaban entre los asistentes. Se veía también á Pedro Cauchon y á Juan le Maistre, con once asesores del tribunal; pero el pueblo miraba irritado aquella lúgubre escena, conociendo que iba á cometerse una enorme iniquidad.

»Entonces Nicolás Midy comenzó una predicación sobre el texto siguiente: *Cuando un miembro padece, padecen también los demás.* Dijo que ya una vez había perdonado la Iglesia á Juana sus culpas; pero que creía no estar ya en el caso de defenderla, por lo cual la rechazaba de su seno. Juana oyó con resignación y paciencia este discurso, terminado con estas palabras: *Juana, id en paz: la Iglesia no puede ya defenderos y os entrega á la justicia temporal.*

»Sin aguardar esta exhortación, apenas el predicador había concluido, se arrojó Juana para implorar la gracia y la ayuda de Dios y de los santos, en particular de aquellos que la habían sostenido hasta entonces en los senderos de la vida. Acordándose de las palabras del Salvador moribundo, pidió perdón á todos, amigos ó enemigos, del mal que podía haberles causado, de la misma manera que ella perdonaba á todo el que le hubiese hecho alguna injusticia. En seguida rogó al pueblo que hiciera memoria de ella en sus oraciones, y á los sacerdotes presentes que dijese una misa por su alma.

»En aquel mismo instante en que la hoguera iba á ser el galardón de tanta fidelidad y devoción, conservando siempre la memoria de su rey, y celosa de su honor, gritó de suerte que pudiera ser oída de todo el pueblo: *De todo lo que he hecho, bueno ó malo, no ha tenido él ninguna culpa.* El fruto y el esplendor de sus victorias se los consagraba ella, no reservándose más que la infamia y los padecimientos.

»Tales eran las palabras de la doncella de Orleans en presencia de la muerte: de este modo imploraba el perdón de aquellos que, por medio de tan negra injusticia, habían desgarrado su alma y puesto su cuerpo en el tormento. Estas dulces y sublimes palabras penetraron como una cortante espada en el fondo de todos los corazones, y prorrumpieron en lágrimas todos, amigos ó enemigos, y hasta los mismos jueces. El más magnífico triunfo que pudo alcanzar Juana, tuvo lugar en el momento en que libre de todo rencor y odio, en la brillante aureola de un alma pura, subía á la hoguera como el arcángel Miguel, hollando el dragón con su planta, y levantados los ojos al cielo, dirigía palabras de perdón y de paz á la tierra; triunfo más insigne que aquel en que, seguida de los más valientes caballeros, y al sonido de las trompetas y en medio de los gritos de todo un pueblo, enarbolaba su bandera victoriosa en la última torre de Orleans, y se veía saludada como la heroína y la libertadora de Francia. Entonces la sangre de los enemigos vencidos había corrido á torrentes: ahora corrían las lágrimas de los vencedores sobre su víctima abatida y condenada á morir.

»En virtud de aquella antiquísima costumbre de la Iglesia que veda al poder eclesiástico la efusión de sangre, fué sometido á la autoridad temporal el castigo de Juana. Hu-

tigir á una niña que les había infundido miedo; debían obstinarse en demostrar que habían tenido miedo no de ella, sino del diablo que la dirigía. Nicolás el pajarero, que faltando á lo sagrado de la confesión, le había sugerido respuestas en que se condenaba á sí misma, quiso lanzarse á ella

biera sido razonable exigir que esta autoridad examinara la causa á fin de investigar hasta qué punto la doncella de Orleans había violado sus leyes, y si verdaderamente era digna de la clemencia impetrada. Pero nada de esto se hizo. Nuevo ejemplo de los abusos que se hallan en los procesos llamados *de fe* con suma frecuencia. No se pronunció ninguna otra sentencia, y Juana fué inmediatamente entregada al verdugo, preparado de antemano.

»Juana pidió una cruz para adquirir en ella fuerza y valor en su último combate. Un inglés caritativo le hizo al punto con su bastón una, y ella la aceptó con gran respeto: y estrechándola contra su pecho entre sus vestidos, la besaba, é invocaba en medio de lágrimas la asistencia de aquel Dios que espiró en la cruz, también inocente. En seguida rogó á fray Isamberto y á uno de los dependientes que fueran á buscar la cruz de la iglesia inmediata y que la tuvieran levantada siempre delante de ella, á fin de que pudiera contemplar al Redentor crucificado hasta que exhalara el último suspiro. Cuando en efecto le llevó aquella cruz el sacerdote, la abrazó llorando amargamente, y encomendándose á Dios, al arcángel san Miguel y á santa Catalina, su principal abogada.

»Pero esta tierna escena parecía ya prolongarse demasiado al furor de una soldadesca implacable; pidió que Juana fuera entregada á sus manos, y gritó amenazadora contra el dignatario de la curia, que seguía alentándola sobre el cadalso. *Mate Juan, ¿qué esperas? ¿Quiéres que permanezcamos aquí hasta la hora de comer?* A consecuencia de estas vociferaciones, sin que los legítimos jueces temporales hubieran proferido ninguna sentencia, fué consignada la doncella de Orleans en manos del verdugo con estas palabras: *Cumple tu deber ahora.*

»Dos ayudantes del verdugo se acercaron á ella para bajarla del cadalso; entonces abrazó por última vez la cruz, saludó al partir á los que la rodeaban, y bajó acompañada solo de fray Martin. Algunos ingleses se arrojaron sobre ella y la arrastraron con una brutalidad feroz hasta el pie de la hoguera, mientras ella iba pronunciando el nombre de Jesús entre sollozos y gemidos, y exclamaba con voz desconsolada: *Ruan, Ruan, tú eres mi última morada.* Los asesores, que habían tomado parte en el juicio, acabaron por quedar enternecidos de estas lamentaciones, y como si hubieran oído su propia condena, marcharon poseídos de susto del lugar del asesinato. Hecho verdaderamente extraordinario en aquella época de guerras prolongadas y feroces, en que el corazón de los hombres se había endurecido y habituado á los espectáculos más odiosos y á los más atroces desmanes.

»Se rodeó la cabeza de la víctima con la coroa de papel ordinario en que estaban inscritos sus pretendidos crímenes; y en un cuadro colocado cerca de allí se leía la lista de los errores y de los desafueros de que la iniquidad de los jueces la había hallado culpable.

»Suplicó al sacerdote que bajara del cadalso y tuviera la cruz levantada delante de ella y que continuara alentándola en alta voz, así como sus oraciones en la última batalla. En este momento Pedro Cauchon se acercó á ella nuevamente. Juana, que había perdonado á todos sus enemigos, rodeada como estaba completamente por las llamas,

para confesarle su infamia y su arrepentimiento, pero fué rechazado. En cuanto á ella, no sabemos si vaciló en su fé, en su rey, en su patria y en los santos, si bien es cierto que espiró sin quejarse de ellos, repitiendo el nombre de Jesús y de su ángel de guarda.

Su misión, que había comenzado por una visión, acabó por un martirio, y nunca separó la causa de su país y de su rey de las órdenes del cielo. Veinticinco años después fué revisado su proceso á instancias de Carlos VII y con autorización del papa Calixto III (1455), y fué declarado intocable y nulo; pero ya no existía la heroína, y la justicia humana no podía hacer más que proclamarla inocente, y esponderse de nuevo á correr el peligro de irreparables errores (6).

trató de hablarle por última vez, conmoviendo con sus últimas palabras la conciencia del juez inícuo.

»*¡Ah! Por vos muero, pues si me hubierais metido en las cárceles de la Iglesia, en vez de entregarme á mis enemigos, no me hallaría en este trance. ¡Oh Ruan, mucho temo que mi muerte sea para tí causa de dolor!*

»Cuando al fin la envolvieron enteramente el fuego y el humo, pidió un poco de agua bendita, invocó por la vez postrera la asistencia del arcángel san Miguel y de los demás santos, dió gracias á Dios por las mercedes que la había otorgado: después, vencida por las llamas, inclinándose hacia la tierra su cabeza moribunda, envió desde su hoguera al cielo estas palabras supremas, que hasta oyeron los asistentes que se encontraban á mayor distancia: *¡Jesús, Jesús, Jesús!*

»Lo que hubo de prodigioso fué que vanamente el verdugo derramó gran cantidad de aceite, de carbon, de azufre, sobre los intestinos y sobre el corazón de la doncella de Orleans, pues nunca pudo consumir el corazón la llama, según consta de las deposiciones juramentadas del ejecutor, quien, asustado de aquella circunstancia, creyó firmemente en un milagro. Entonces el cardenal de Inglaterra ordenó que el corazón, las cenizas de Juana y todo cuanto quedaba de ella, fuera arrojado al Sena, á fin de que no restara un solo recuerdo á que la veneración popular pudiera adherirse.

»Así murió la doncella de Orleans; así espiró la heroína que se ofreció como víctima por la Francia, y á la cual debe exclusivamente su pueblo el no haber sido borrado del número de las naciones libres é independientes. Aunque entregada á esta terrible muerte por indignos ministros de la Iglesia, que hacían traición á Dios y á la Iglesia, del mismo modo que habían hecho traición al Señor los falsos apóstoles, no por eso dejó ella de permanecer adicta á la Iglesia, y ni la acusó de los desmanes cometidos en su nombre por aquellos indignos ministros. Tampoco cesó de amar á su patria, aun cuando la habían condenado jueces franceses, y ni aun pensó en el artículo de la muerte en violar su fé al rey, á pesar de que éste con una vil ingratitude la había abandonado. En este sentido pudo ser presentada Juana como símbolo del sacrificio más hermoso y más cristiano de la vida.» GORRES.

(6) Cuando se piensa que á Juana de Arco debe la Francia el mayor bien que puede poseer una nación, nos indignamos al recordar que ha sido en Francia objeto de escarnio para la filosofía insultante del siglo pasado; que el patriarca de ella le dirigió una epopeya, sarcasmo vil y sucio, lleno de diatribas y de impiedad, y que el siglo *ilumi-*

El amor de la patria que la santa doncella había despertado no pereció con ella y los franceses volvieron por segunda vez los ojos hacia los representantes de la independencia nacional. El duque de Borgoña se reconcilió con los armañacs y con Carlos VII, quien volvió á entrar en París (1437). Continuó la guerra en medio del aniquilamiento causado á los dos partidos por sus prolongados esfuerzos; pero al fin la Normandía y la Guyena fueron reconquistadas; y según lo había profetizado la doncella de Orleans, se vieron espulsados los ingleses, sin conservar en su poder más plaza que Calais con su comarca, y para su soberano el título de rey de Francia. Todos los años en el mes de Enero, cuando el heraldo de armas de Inglaterra proclamaba en San Pablo, en presencia de la corte y de los ministros extranjeros, los títulos de su soberano, en el momento en que pronunciaban el de *rey de Francia*, tiraba en señal de reto un guante que recogía el embajador francés; uso que continuó hasta la paz de Amiens en 1803.

Se debían menos las victorias de la Francia á la habilidad y al valor de los franceses, que á las discordias de sus contrarios. La invasión había quebrantado la unidad en Francia. Vagaban á bandadas los lobos en las despobladas campiñas: por todas partes soldados mercenarios continuaban la guerra contra infelices indefensos: desolaban el ter-

nado aplaudió aquel triple sacrilegio de religión, de patriotismo y de justicia. Nuestro siglo libró á la heroína de la docta negligencia y de la impía soberbia del siglo pasado, y además de los historiadores generales, hablaron especialmente de ella:

CHAUSSART.—*Juana de Arco, colección histórica y completa.* Orleans, 1806, 2 tomos.

LEBRUN DES CHARMETTES.—*Historia de Juana de Arco, sacada de sus propias declaraciones, de las de 144 testigos oculares y de los manuscritos de la Biblioteca del rey y de la Torre de Londres.* 1837, 4 tomos.

JOLLOIS.—*Historia compendiada de la vida y hazañas de Juana de Arco.* Paris, 1821.

BERRAT SAINT-PRIX.—*Juana de Arco ó rápida ojeada sobre las revoluciones de Francia.* Un anónimo inglés.—*Mem. of. J. di A. With the history of her times.* Londres, 1824, 2 tomos; después Pedro Dumenil, F. G. Wetzel, Roberto Southey Schiller repararon en sus versos los agravios que á Juana habían hecho Shakespeare, Hume y Voltaire. Pueden verse además el artículo de WALCKENAER en la *Biografía Universal*, GUIDO.

O. GORRES.—*La doncella de Orleans, obra sacada de las actas del proceso y de las crónicas contemporáneas.* Regensburg, 1834.

MICHAUD Y POUJOLAT.—*Noticias sobre Juana de Arco.* Paris, 1837. Los autores de la *Enciclopedia* que pretendían explicarlo y aclararlo todo, confesaron que en la historia de Juana había algo de maravilloso. Michelet en el tomo VII de la *Historia de Francia* la hace por un juego de la corte en el cual era engañada la misma Juana. A este pueril comentario había contestado hace 400 años el italiano Gobelini ó más bien Pio II en las memorias publicadas bajo el nombre de aquel.

ritorio el hambre, la peste, la indisciplina. Los barones ingleses, á quienes habian sido dadas en feudo las nuevas adquisiciones, se dieron grande prisa á despojarlas, y á enviar lo mejor que pudieron quitarles á su isla.

Los príncipes de la sangre, reconviéndose á sí mismos de estos males, formaron una liga con el nombre y bajo del *bien público*, la cual atrajo al conde de Dunois, uno de los más distinguidos caballeros de aquella época, y al delfín Luis, que pidieron el remedio para estos males como si hubiese otro más que la union y la total espulsion de los extranjeros. Carlos tuvo que reducir á unos al arrepentimiento, y á otros á la sumision por medio de las armas, pero el delfín retirado en la provincia de donde tomaba su título, oprimia á los habitantes y resistia á las órdenes de su padre, que tuvo que armarse de nuevo contra él. Estas crueles amarguras, otras conspiraciones, la muerte de Inés Sorel, las orgías á que le acostumbraba su nueva querida la Villequier, que para tenerle en su poder le proporcionaba ella misma jóvenes; y en fin, el temor de ser envenenado por su hijo, abreviaron los días de Carlos. Dejó á la monarquía, que habia encontrado en ruina, asegurada sobre sus bases (1461), y á la Francia á la altura de las grandes potencias de Europa. Comenzó con los suizos, cuyo valor habia apreciado, una alianza que debia después perpetuarse. La Guyena, entre otras posesiones con que enriqueció la corona, procuró grandes ventajas al reino, cuyo Norte y Mediodía se encontraron reunidos. No quedaban ya más que tres grandes feudos: el ducado de Bretaña, el de Borgoña y las posesiones de Renato de Provenza. Como el parlamento de Paris no bastaba ya á la expedicion de

los negocios, Carlos instituyó otro en Tolosa, para las provincias del Languedoc (1443). En su reinado, las rentas del Estado se elevaban á 1.800,000 libras (11.627,000 pesetas).

Ejércitos permanentes.—El acto más importante de Carlos VII fué la nueva organizacion que dió á las fuerzas militares del país. Habiendo licenciado los reyes á las tropas feudales, no querian ya más que tropas mercenarias, cuyo sostenimiento era uno de los mayores embarazos del gobierno. La cantidad á la cual se habian sometido los Estados Generales, se encontró insuficiente para tan larga guerra: cuando se atrasaban las pagas, los soldados saqueaban las campiñas sin distincion de amigos ó enemigos. Aprovechándose Carlos de la iniciativa tomada en este sentido por Duguesclin (1440), propuso reunir los diferentes cuerpos en ejército regular, fijando un sueldo, estableciendo una severa disciplina, distribuyendo á los soldados en las plazas fuertes. Este plan fué aprobado; y con una contribucion permacente, se asignaron al rey los fondos necesarios, el cual, con rigor y constancia, libró á la Francia de la calamidad de las tropas mercenarias que hacia tanto tiempo tenian el derecho de asolar el país. No conservó de ellas más que nueve mil hombres, para incorporarlos al ejército, y despidió á los armagnacs, como se llamaba entonces á los mercenarios, amenazándolos con la horca á cualquier desórden que cometiesen en adelante: con respecto á los crímenes pasados, se dieron por olvidados. La guerra se convirtió, pues, en negocio del rey: nombró á los capitanes: éstos, como los señores, respondieron de los desafueros de sus subordinados; y los culpables pudieron ser aprehendidos y muertos por los habitantes.

CAPÍTULO IX

LUIS XI.

La espulsion de los ingleses fué un acontecimiento nacional, en el cual tomaron parte tanto la nobleza, que se hizo matar, como el pueblo representado por la doncella, objeto de la aclamacion del vulgo y de las sospechas del rey. Entonces, pues, se formó el espíritu nacional, no llamándose ya los hombres por el nombre de tal feudo ó de tal concejo; sino franceses, por oposicion á los ingleses: unificase el territorio, y con él la justicia, el gobierno, en quien no se busca ya la bondad sino la nacionalidad.

Grande ya la monarquía francesa, se mostró tiránica bajo Luis XI. Ya en vida de su padre habia intrigado éste con los príncipes descontentos, por lo cual se habia visto condenado al destierro; pero adquirió en él una instruccion, descuidada por la juventud de su país, y ascendió al trono con el conocimiento de los grandes, el sentimiento de su inquietud y el deseo de humillarlos (1) por cual-

(1) «En mi sentir, los disgustos y trabajos que pasó en su juventud cuando huyendo de su padre se refugió con el duque Felipe de Borgoña, donde permaneció seis años, le valió mucho, porque estuvo obligado á complacer á todos aquellos de quienes tenia necesidad. Cuando se vió gran rey y coronado, no pensó más que en venganzas, lo cual fué causa para él de muchas incomodidades y después de arrepentimiento; porque Luis, conociendo el terror, le enmendó acariciando y privilegiando á los ofendidos. Y en verdad, no creo yo que si hubiera sido educado en Francia, hubiera llegado nunca á tan alto punto, pues la juventud del reino no aprendia más que á hacer locuras en sus vestidos y en sus palabras, sin ningun conocimiento de las letras y sin tener á su lado ningun hombre sabio y prudente. Se habla generalmente de lo que ocurre á ciertos gobernadores que tienen al lado, y éstos disponen libremente lo que quieren. Hay algunos señores que apenas tienen 13 francos de renta, y cuando se quiere tratar con

quiera medio que fuese. Usa trajes sencillos, se rodea de personas de baja esfera; un criado le sirve de heraldo, su barbero de camarleno; llama al preboste, ejecutor de su justicia, su compadre; no respeta el derecho de caza de los señores, que era la mayor ofensa que se les podia hacer en aquel tiempo. Asiduo en los negocios, desdeñando el fausto, tan hábil en conocer á las personas como en servirse de los hombres de mérito; generoso en sus promesas y en sus dones, porque siempre estaba pronto en desdecirse ó volverlos á tomar, sustituye á la fuerza de las armas las elucubraciones de una política insidiosa, que carecia de todo sentimiento caballeresco, como lo anunciaba su divisa: «Donde hay provecho hay gloria.» y su frecuente dicho: Cuando el orgullo cabalga delante, la vergüenza y el perjuicio van á la grupa.

Llevaba en el gorro una pequeña virgen de plomo, que invocaba en todas las circunstancias urgentes, en todas las dudas y en todos los desafueros. Juraba por las reliquias que llevaba siempre consigo, pero no tenia escrúpulo en ser perjuro, á menos que no hubiese prometido por la cruz de san Laud, en la cual habia puesto un pedazo de la santa cruz. Como la perfidia de sus palabras y de sus actos era conocida de todos, no se rodeaba sino de gentes sin conciencia, á las cuales se confiaba; vendido por estos confidentes, en lugar de corregirse, envolvió á los hombres de bien en sus sospechas, y se obstinó en obrar segun su parecer. El deseo de saber lo que pensaban de él los es-

ellos suelen decir: *Hablad á mis criados*, creyendo que con estas respuestas imitan á los grandes príncipes. Así he visto muchas veces á sus criados disponerlo todo en provecho suyo, haciendo parecer bestias á sus señores.» COMINES, I, 10.